SEGUNDA EDICIÓN, CORREGIDA Y AUMENTADA



La caja de alegría

FEDERICO GARCÍA LORCA
EN LA HUERTA DE SAN VICENTE

Jesús Ortega

Jesús Ortega

La caja de alegría

FEDERICO GARCÍA LORCA
EN LA HUERTA DE SAN VICENTE



EDITORIAL COMARES
Granada 2026

SEGUNDA EDICIÓN,
CORREGIDA Y AMPLIADA.

Las imágenes que se incluyen en esta publicación científica lo son para su análisis y juicio previo en los términos que establece el artículo 32 de la Ley de Propiedad Intelectual para el llamado derecho de cita con fines de investigación.

Fotografía de cubierta:
Federico García Lorca y Miguel Pizarro, 1934
© Archivo Fundación Federico García Lorca – Centro Federico García Lorca

Maquetación y diseño editorial:
Virginia Vílchez Lomas

© del texto: Jesús Ortega

© del prólogo: Miguel Ángel del Arco Blanco

© Editorial Comares, 2026
Polígono Juncaril
C/ Baza, parcela 208
18220 Albolote (Granada) España
Tlf.: 958 465 382
www.comares.com • E-mail: libreriacomares@comares.com
facebook.com/Comares • twitter.com/comareseditor • instagram.com/editorialcomares

ISBN: 979-13-7033-193-1 • Depósito Legal: 1444/2026

Impresión y encuadernación: COMARES

A mis compañeros de la Huerta de San Vicente
y del Centro Federico García Lorca

Mi corazón busca un huerto
Federico García Lorca

La casa es un cuerpo de imágenes que dan al hombre razones o ilusiones de estabilidad
Gaston Bachelard

Sumario

Prólogo a la segunda edición, por *Miguel Ángel del Arco Blanco* XI
Prólogo a una fascinación XV

El fotógrafo de la familia 1
Los García Lorca se compran una casa de campo. Las primeras imágenes. 7
Tamarit y las señas más bonitas del mundo. 15
¿Jaragüit o Arabial? 17
Las huertas. 21
La contemplación del paisaje 23
Los dos periodos de la Huerta 27
Vida cotidiana y espacios de atracción de las fotografías. 37
Inolvidable verano del 34 45
Eduardo Blanco Amor 49
El piano 59
La Huerta, refugio para la escritura 63
Todo lo que Lorca escribió. 67
1926. Se abre la caja de alegría. 71
1927. Poemas dibujados 75
1928. No es surrealismo, ¡ojo! 79
1930. Daría algo por leértelo 83
1931. Medio pan y un libro 85
1932. Traigo un dramón. 89
1933. El verano de *Yerma* 91
1934. Algún rincón verde y tranquilo 93
1935. Brillos de tinta nueva 99
1936. Fantasmas 101
Los años del luto 103

Tiempo de silencio. 111
Aparecen los Correal Delgado 119
El investigador *amateur* Agustín Penón 123
Comiendo fruta con los Guerrero Salinas. 127
El Camino de Ronda y la modificación del paisaje 133
El inicio del regreso 135
Museización y tractores 139
La Huerta amenazada 149
Las visitas de Rafael Alberti 153
Una oportunidad perdida 157
Ultraje y apoteosis de la autovía de circunvalación 159
El parque del delito 167
Hacia la inauguración de la casa-museo 173
Everstill. De la casa-museo a la casa como obra de arte 177

Listado de fotografías según orden de aparición en el libro 183
Notas 187
Bibliografía 203

Prólogo a la segunda edición

No fue hace demasiado tiempo. Recuerdo una casa blanca, rectangular, rodeada de árboles y de hazas de tierra sembrada, cercada por acequias. En el límite de donde entonces llegaba la ciudad de Granada, podía verse junto a un club social con pistas de tenis, piscina olímpica y sala de fiestas. Siempre estaba en silencio, sin personas que la habitasen, sin voces. Su presencia era algo inexplicable, testigo de un pasado traumático y no demasiado distante, como varada entre los edificios del desarrollismo franquista y los olores de una vega que todavía existía. Sin embargo, aún entonces, muchos granadinos recordaban, algunos en voz baja, que aquella era la casa de Federico García Lorca.

«La ausencia puede ser una forma elocuente de la presencia», como nos dice Jesús Ortega en las primeras páginas de su libro. Y es así. Todavía entonces, cuando la democracia daba sus primeros pasos, los ecos del poeta granadino y de su familia se dejaban sentir en una ciudad que, con dificultad y lentamente, dejaba atrás la dictadura.

Es curioso, sin embargo, cómo esa ausencia presentida en la Huerta de San Vicente insistía sobre un hecho: el asesinato del poeta por los golpistas el 18 de agosto de 1936. Era un espacio cargado de dolor. Aquel no fue un lugar de muerte, pero la memoria popular, enriquecida por las imprescindibles aportaciones de los investigadores lorquianos, sabía que fue allí donde la sublevación del 20 de julio sorprendió a Federico y a parte de su familia. Un

espacio oscuro porque también sabemos, gracias además al testimonio de algunos de sus familiares, que la familia tuvo noticia de la detención del alcalde de Granada y marido de su hermana Concha, Manuel Fernández-Montesinos. También les llegaron los rumores de los primeros fusilamientos. E incluso sufrieron dos registros en la vivienda, en uno de los que Lorca fue insultado y golpeado, lo que propició la decisión de refugiarse en la casa de la familia Rosales. Y claro, también conocemos que la casa (y las mujeres) se vistieron de luto en aquel verano por el asesinato de Federico y de su cuñado en agosto, hasta que abandonaron el hogar refugiándose en una vivienda de alquiler en la ciudad para, al término de la guerra, marchar a Madrid y después al exilio en Nueva York.

Creo de veras que el libro que sigue a estas páginas ha matizado o, mejor, completado la historia de la Huerta de San Vicente e, incluso, la del propio poeta granadino. Nos regala el relato de la historia de un espacio que nos permite conocer mejor el pasado del poeta, de los suyos y de su hogar. Y para hacerlo, el título es el primer aviso del tono y contenido de este. Es explícito y cargado de poesía, como el título de algunas obras de Lorca: *La caja de alegría*. Porque como demuestra Jesús Ortega, la Huerta no fue el lugar de pesares, miedos o dolor del último verano, sino un espacio con una historia humana, donde los García Lorca pasaron algunos de los mejores años de sus vidas, donde recibieron visitas de amigos inolvidables, o un lugar de creación e inspiración donde se demuestra que Federico escribió multitud de sus obras y versos, especialmente con el frescor de las noches de la vega. Todo se trasluce en la imagen de la cubierta, una foto poco conocida del poeta y de su amigo Miguel Pizarro en la Huerta, donde ambos aparecen sentados en el suelo, de manera desenfadada, alegre y cómplice.

El libro está cargado de seriedad. El autor bebe de trabajos anteriores, e incluso aporta datos e informaciones nuevas. Conoce además en profundidad la obra de Lorca, así como la correspondencia que sostiene con sus amigos. Sin embargo, Jesús Ortega aporta su sensibilidad y pericia como escritor, como crea-

dor de escenas, de personajes, de luces, de olores. Logra que la casa vuelva a estar habitada. Recupera e insinúa escenas familiares, a personajes esenciales en la vida de Federico (por ejemplo, su madre doña Vicenta, su padre don Federico), pero también las otras mujeres que poblaban el lugar, así como los niños que le acercaban a la infancia que siempre lamentó perder. Es la forma de llegar a la vida cotidiana de una familia, el espacio más importante para entender lo que somos y la vida por la que caminamos. Ortega llega donde un historiador nunca se atrevería, pero logra que nos sumerjamos en la atmósfera de la Huerta, tejiendo pasajes que unen la vida y la obra del poeta. Así, en algún momento recoge la frase de Francisco García Lorca sobre su hermano: «Si había vida en su poesía, también había poesía en su vida»; pero la completa afirmando que al poeta «le gustaba mimetizarse con sus interlocutores, inyectar imaginación en la realidad, entusiasmarse en la seducción».

El libro no es demasiado extenso, pero sí el periodo histórico que cubre desde la compra y primera ocupación de la huerta por la familia en 1926 hasta el presente, cuando se cumplen cien años de ese feliz acontecimiento. Porque hubo muchas «huertas», distintas etapas que había que conocer e incluso desentrañar. No solo las de la alegría y la violencia ya mencionadas, sino también la de la posguerra, la del resto del franquismo (en el que fue conservada, gracias a sus moradores), la de la democracia y la de su recuperación como espacio de memoria y de conocimiento de la obra del poeta.

La Huerta de San Vicente no es, y este libro lo demuestra, cualquier lugar: es donde Federico García Lorca fue feliz. Y los espacios son importantes para entender el pasado: son resultados de la acción de los hombres y las mujeres que los crean, pero también los viven, como nos enseñó Henri Lefebvre. Son los lugares donde se desarrolla la historia y donde se reproducen las sociedades. Y este fue un lugar esencial para comprender los diez últimos años de la vida de Lorca y de su familia, los momentos en que escribió su obra más numerosa y madura, cuando empezó a alcanzar fama internacional.

Afortunadamente, la Huerta de San Vicente fue salvada con su compra por el Ayuntamiento de Granada en 1985 y por la posterior inauguración de la Casa Museo (1995). Desde luego, hubo decisiones nada acertadas, como rodear la casa de un parque impersonal y prescindible o acordonar la finca por una circunvalación de seis carriles. Sin embargo, la huerta es hoy un lugar de memoria que, como diría Pierre Nora, está en nosotros para marcar, recordar y transmitir el pasado. Gracias a *La caja de alegría* no es solo un lugar vinculado a la detención y asesinato de un poeta, sino también memoria humana y cercana de un espacio durante buena parte del siglo xx. Un lugar que recoge el silencio del franquismo, pero también su recuperación para la sociedad bajo la democracia. Un lugar privilegiado para descubrir los espacios, ya con voz propia gracias a este libro, donde hoy resuenan las voces de Federico y de su familia, pero también su poesía y su obra.

Miguel Ángel del Arco Blanco

Prólogo a una fascinación

A lo largo del mes de julio de 2008 paseé a menudo por las habitaciones vacías de la Huerta de San Vicente. Nunca he creído en espíritus, pero durante aquellos paseos me parecía que la casa desnuda vibraba de sentido. Entendí que la ausencia puede ser una forma elocuente de la presencia y quise escribir un libro que narrase la historia completa de la casa, desde sus inicios hasta aquel extraordinario momento. Para escándalo de biempensantes, que no entendían la profanación a que el cineasta Pere Portabella la había sometido, durante esas cuatro semanas la Huerta de San Vicente permaneció gloriosamente despojada de sus fetiches. Algunos sufrieron la decepción de no tener nada que fotografiar. Portabella había logrado convencer a los gestores de la casa-museo de que, contando con los correspondientes permisos y autorizaciones, todos los muebles, objetos, enseres y obras de arte que poblaban sus estancias fuesen embalados, retirados y acumulados en un guardamuebles. Filmó el «desahucio» minuciosamente, con toda la intención, aunque a última hora cambiase el título que tenía previsto para el cortometraje, *Desahucio*, por el mucho más neutro de *Mudanza*. Todo el proceso me pareció iluminador. El hogar del poeta se había convertido en una obra de arte conceptual. La audacia de Portabella no debería poder repetirse, para que aquel instante resplandezca siempre como algo único.

Todos los lugares producen memoria privada, pero muy pocos logran permanecer en la memoria colectiva. La Huerta

de San Vicente es uno de estos lugares: su destino fue marcado por una relación imborrable con la vida, la obra y, sobre todo, la muerte de Federico García Lorca. En aquella casa de campo de paredes encaladas el poeta escribió, comió exquisita fruta y jugó como un niño. Allí le sorprendió el estallido de la guerra civil y allí vivió sus penúltimos días antes de ser asesinado.

Este libro, surgido de los textos del catálogo de la exposición *Álbum. Una historia visual de la Huerta de San Vicente* (2015), trata de abordar por primera vez una historia de la Huerta de San Vicente en su dimensión de espacio y de paisaje, desde el periodo en que fue residencia de verano de la familia García Lorca hasta hoy. Digo «una» porque asumo que puede haber otras, y digo «historia» porque los distintos significados del término me permiten asumir tanto las pretensiones de registro del discurso histórico como las ambigüedades que subyacen en toda narración, es decir, en toda historia contada. Prefiero creer que he escrito la biografía del lugar que el poeta llamó una vez su «caja de alegría».

Mi relato da comienzo con la cotidianidad familiar de quienes habitaron una casa de campo de la Vega de Granada en los años veinte y treinta del siglo pasado y llega a su fin con la transformación de la Huerta en lugar de memoria y en patrimonio cultural. Al adentrarme en mi investigación me fui dando cuenta de todo lo que este espacio ha sido: retiro de placer, lugar de encuentro y celebración familiar, refugio-taller donde se dieron las mejores condiciones para la escritura lorquiana, paraíso infantil de juegos veraniegos, testigo mudo de los crímenes de la guerra civil, arquitectura poblada de exilios interiores, lugar de memoria, santuario, destino de peregrinaje cultural, escenario de polémicas cívicas y políticas, emblema de la lucha entre el desarrollo urbanístico y la conservación del paisaje y el medio rural, museo, centro de actividades culturales, incluso obra de arte. Todas esas huertas de San Vicente quiero pensar que están aquí.

Había, sin embargo, muchas zonas de sombra por explorar. ¿Cómo medir la exacta importancia de la Huerta de San Vicente como refugio necesario para la escritura lorquiana? ¿Qué obras se escribieron realmente en ella y cuándo? ¿Cómo era la vida coti-

diana de los García Lorca durante aquellos veranos? ¿Qué sucedió con la familia desde el asesinato de Federico hasta 1939? ¿En qué clase de silencio se abismó la casa durante los primeros años del franquismo? ¿Quiénes eran y cómo vivían los guardeses, las sucesivas familias contratadas para cuidar de la Huerta, valiosos depositarios de una memoria afectiva que tenemos el deber de atender? ¿Cómo se salvó la Huerta milagrosamente de la destrucción y cuáles fueron los pasos de su transformación en lugar de memoria? A lo largo de mi búsqueda fui adentrándome en la fascinación que me producía investigar un espacio y un paisaje únicos. Me gustaría ser capaz de transmitir a los lectores algo de esta fascinación.

Lo que se sabía sobre la Huerta de San Vicente fue conquistándose de manera episódica, por oleadas, con largos periodos de inacción. Yo diría que hubo dos fases en su desarrollo. La primera, que llamaré «biográfica», estuvo marcada por los silencios y las imposibilidades a que durante décadas obligó la dictadura franquista, y se articuló fundamentalmente en torno a las investigaciones sobre la vida y el asesinato de Federico García Lorca. Me refiero a los textos ya clásicos de los hispanistas, escritores y estudiosos Gerald Brenan (1950), Claude Couffon (1951 y 1964), Marcelle Auclair (1968), Ian Gibson (1971 y 1979), Marie Laffranque (1973), Eduardo Castro (1975), José Luis Vila-San-Juan (1975), Eduardo Molina Fajardo (1983) y, de nuevo, Ian Gibson (1985-87), entre otros (las investigaciones de Agustín Penón forman un capítulo aparte, pues aunque fueron plasmadas por escrito en 1955-56, no vieron la luz en su integridad hasta 2004). A lo largo de esta fase, y mucho más intensamente a partir de los años 70, la Huerta fue estudiada sobre todo por su papel protagónico en los sucesos de 1936. El lugar donde Lorca se encontraba cuando estalló la guerra civil ocupó el centro del escenario de la tragedia. Tal protagonismo modeló la percepción colectiva de este espacio durante los años de explosión de los estudios biográficos lorquianos, y guio muchas de las actuaciones públicas encaminadas a su protección patrimonial. Fueron los años de la transformación de la Huerta de San Vicente en lugar de memoria, según el concepto acuñado por Pierre Nora.

La segunda fase, «memorialística», dio comienzo con la apertura al público de la casa-museo en 1995, y se ha centrado en explorar aspectos relacionados con la vida cotidiana de sus moradores. Además de toda la información generada por la propia casa-museo, hitos de esta fase serían el *Epistolario completo* de Federico García Lorca, editado en 1997 por Andrew A. Anderson y Christopher Maurer, una monografía de Antonina Rodrigo del mismo año, incluida en *La Huerta de San Vicente y otros paisajes y gentes*, y un conjunto de textos memorialísticos a cargo de algunas de las personas que vivieron en la Huerta antes y después de la guerra, como Isabel García Lorca (2001), Vicenta Fernández-Montesinos (1998 y 2011), Manuel Fernández-Montesinos (2008) y Bernabé López García (2009), además del epistolario de Vicenta Lorca a su hijo (2008), entre otros.

Mi ensayo viene acompañado de un conjunto de fotografías familiares. Su valor no depende tanto de su calidad formal (aunque muchas de ellas sean espléndidas) como de su capacidad para contener pasado, cargadas como están de información emocional, paisajística, histórica, sociológica. Las fotografías familiares contienen una suerte de mirada autobiográfica del espacio en que fueron tomadas. Extraídas de la intimidad del álbum, nos permiten asomarnos a un tiempo casi desconocido de la vida de la Huerta de San Vicente, la larga posguerra. A ellas se suman otras miradas, puntos de vista externos a la Huerta y sus gentes, como la serie realizada por Eduardo Blanco Amor en 1935, o fotografías de Ian Gibson (1966) y Pepe Garrido (1980) que documentan, respectivamente, la relación traumática del paisaje de la Vega con el desarrollo urbanístico de la ciudad y la primera visita de Rafael Alberti.

Las fotografías son, por un lado, documentos, y en tanto que tales me han servido para confirmar o desmentir algunos datos proporcionados por la memoria de los habitantes de la Huerta, además de establecer valiosas precisiones a propósito de determinados aspectos de la vida cotidiana, el paisaje, la arquitectura, el mobiliario, etcétera. En este sentido, el hallazgo de fotografías inéditas del periodo 1926-1939, las cuales pudieron verse por primera vez en la exposición *Álbum. Una historia visual de la Huerta*

de San Vicente (2014), además de aportarme nueva información, me permitió arrojar luz sobre aquellas otras fotos cuya lectura creía cerrada; pude, así, entre otras cosas, fechar correctamente un buen número de instantáneas, algunas incluso muy conocidas, que hasta ahora venían publicándose con dataciones erróneas. Reproduzco aquí la mayoría de ellas.

Pero las fotografías son mucho más que documentos. Pese a que siga siendo popular la vieja idea de que captan la realidad tal cual es, «calco fiel de aquel instante del que se necesite una auténtica acta», en palabras de Alfonso Sánchez Portela, *Alfonso*, fotógrafo coetáneo de Lorca, sé, al menos desde Susan Sontag, que las fotografías no reflejan el mundo, sino que lo interpretan. Más que espejo de la realidad, son su huella problemática. Dicen siempre mucho más de lo que aparentan decir. El proceso comienza antes de que el fotógrafo apriete el disparador, con sus decisiones sobre lo que quiere mostrar o esconder, y termina después, en el acto de contemplación y análisis de la imagen. Sucede a veces que las historias escondidas en las fotografías, su trama oculta, afloran en la memoria de los protagonistas durante el acto de contemplación, y enriquecen y vuelven complejo lo que parecía mostrarse de forma simple en la superficie de la imagen, como pude comprobar emocionantemente en mis conversaciones con los miembros de las familias García Lorca (en especial con Laura García-Lorca de los Ríos, cuyo apoyo a este trabajo, ya desde sus inicios en el proyecto expositivo *Álbum*, ha sido constante y decisivo), Fernández-Montesinos García, De Casas Fernández-Montesinos, López García, Correal Delgado (gracias, Francisco), Guerrero Salinas y Correal Trescastro. Sus nombres figuran en el catálogo de la exposición origen de este libro. Les doy a todos ellos las gracias por haberme abierto sus pequeños cofres familiares repletos de documentos y memoria, de historia e historias. También a los propietarios y autores de las fotografías que han autorizado su reproducción, así como a todas las personas que de una manera u otra, aportando datos, leyendo y corrigiendo el texto, dando consejos o alentándome con su amistad, me han ayudado. Sin su generosidad no habría sido posible construir esta caja de alegría.

En 1925 la familia García Lorca compró una casa de campo de paredes blancas, con jardín, huerto y casi dos hectáreas de tierra bañada por el agua de las acequias. La llamaron Huerta de San Vicente. Enseguida se convirtió en el refugio que el poeta necesitaba para escribir con tranquilidad. Verano a verano fueron surgiendo de su escritorio decenas de cartas y dibujos y algunas de sus más importantes obras maestras. Lorca se encontraba en la Huerta de San Vicente cuando en julio de 1936 estalló la guerra civil española y allí pasó sus últimas horas de vida en familia antes de ser asesinado.

La caja de alegría es la biografía de un lugar legendario, marcado por su relación con la vida, la obra y la muerte de Federico García Lorca. El relato abarca casi todo el siglo XX, desde la cotidianidad familiar de una casa de verano de la Vega de Granada hasta su progresiva conversión en lugar de memoria y en patrimonio cultural.

¿Qué obras se escribieron realmente allí y en qué circunstancias? ¿Qué sucedió con los García Lorca durante los años de la guerra? ¿Quiénes eran y cómo vivían los guardeses, las sucesivas familias contratadas para cuidar de la casa? ¿En qué clase de silencio se abismó la Huerta durante el primer franquismo y qué papel ejercieron en su protección los primeros hispanistas extranjeros que acudieron a visitarla? ¿Cómo se salvó del derribo y qué vicisitudes tuvo que sortear hasta su protección definitiva en forma de museo?

Vidas, espacios y paisajes son los protagonistas de esta investigación rigurosa, llena de información desconocida hasta la fecha. Jesús Ortega ha escrito un ensayo apasionante que se lee como una novela.

COMARES
editorial

ISBN 979-13-7033-193-1
9 791370 331931